

Bajo un rayo de sol se ovilla un gato,
mientras yo, contemplando tu retrato,
rememoro la muerta primavera

en que junto al alféizar, silenciosa,
peinabas tu profusa cabellera
en una transparencia de oro y rosa.

XII

Remanso de silencio, ¡oh, quién pudiera
en tu espejo de plata detenerse,
y en el aliento de la Primavera
como un perfume más desvanecerse!

Diluirse en el sueño de las cosas;
ser sutil y fugaz como la brisa
para agitar tus trenzas luminosas
y embriagarse de miel en tu sonrisa!...

¡Oh, quién fuera remanso de agua clara
para servir de espejo á tu hermosura!...
¡Con cuánto amor tu imagen reflejará!...

Si fuera hierba en flor, ¡con qué alegría
tu planta leve, fugitiva y pura,
muriéndome de amor, perfumaría!

XIII

Con tu dolor y con tu orgullo á solas
sobre la aislada roca de basalto
que tiembla de raíz bajo el asalto
espumoso y sonoro de las olas,

—¡oh, infatigable corazón, inmolas
todo terreno afán, sobre tu alto
destino, en tu destierro estéril, falto
del enervante olor de las corolas

humanas, y las gárrulas palabras
y los mezquinos sueños de la tierra!..
Orgullosa y tenaz tus cantos labras

sobre los bloques de tus pensamientos;
¡sordo al estruendo de la eterna guerra
de las rocas, los mares y los vientos!

XIV

¿Y aquel ímpetu, aquellas esperanzas,
y aquel orgullo de cruzar la tierra,
tinto en sangre, sobre un corcel de guerra,
entre bosques de escudos y de lanzas?...

¡Ya, miserable paladín no avanzas!
Ningún tesoro para ti ya encierra
el porvenir; la tempestad te aterra,
y adoras la quietud de tus bonanzas!

En el puerto se pudren tus galeras;
 tus armas, tu clarín y tus banderas
 hoy son tan sólo glorias de Museo,

en la sala ruínosa y empolvada...
 —Mas ¿para qué luchar? En Dios no creo,
 no tengo patria, y me olvidó mi amada!

XV

Al nombrarte, en mis labios siento á veces
 sabor de miel, que se derrite tibia
 al sol de Junio, y su dulzor me alivia
 de la amargura de mis arideces.

Al pie de un sicomoro... —Palideces
 al recordarlo, como entonces, Livia?—
 ofreciste al sol y á mi lascivia
 el acre aroma de tus desnudeces.

Y el sol, taraceando el sicomoro,
por hacerte más lúbrica y felina,
listó de vivas sombras y de oro

tu lujuriosa desnudez de nardo,
que á mi amor se ofreció con la divina
é insaciable lujuria del leopardo!

EL LIBRO BLANCO

I

El vaho de mi aliento
que flota en la brisa,
dura más que vosotros ¡oh, pobres
esperanzas mías!

Sois leves y frágiles
como sensitivas
que al más leve roce
sucumben marchitas!

Castillos de naipes
que un soplo los tira...
¡Que poco durasteis,
esperanzas mías!

II

Tengo para ti, morena,
una casita muy blanca
en lo alto de la Sierra.

Le presta sombra una parra,
y huelen siempre sus rejas
á jazmines y á albahaca.

Y entre juncos y entre adelfas
cantando á su puerta pasa
una fuente clara y fresca.

Y en sus aguas cristalinas
como en espejos de plata
la blanca casa se mira...

¡Cuándo miraré colgadas
tus ropitas y las mías,
secándose en sus ventanas!

III

—¿A qué vienes?...
¡Oh, recuerdos tan lejanos
de un perdido y santo amor!

A mis sienes
la caricia de tus manos,
cual piadosas golondrinas
arrancaron las espinas
del Dolor!

Vaporosa,
silenciosa
se desliza por la alfombra
la ternura de tu sombra
que me viene á consolar!

En las sombras de tu pelo
¡cómo flota el blanco velo
perfumado de azahar!

IV

Entre las mieses de oro
la fiebre del sol desgrana
las espigas. Un sonoro
clamor lanza la campana.

Y á la luz del mediodía
al borde de los caminos,
postrados, los campesinos
rezan el: ¡Avemaría!

Sobre la parra que presta
sombra al molino, aletea
y trina una golondrina,
mientras entre la floresta
tras sus pollos, picotea
en la hierba una gallina.

V

Bajo un naranjo, al borde del camino,
he visto reclinada una muchacha
que, indiferente á todo, con sus dientes
voraces devoraba una naranja...

Y el zumo le corría por el rostro
risueño de placer... Sentí nostalgias
de algo que se ha perdido para siempre
con las serenas horas de la infancia.

¡Todas las glorias del poeta diera
por sentir el placer de esa muchacha!—
Y me perdí callado y lentamente

por la larga vereda solitaria,
y tuve que secarme en el pañuelo
el temblor fugitivo de una lágrima!

VI

En las nieves de la Sierra
lenta flamea la tarde
su rojo pendón de guerra.
La púrpura solar arde

en la floreciente umbría;
y los estanques sonoros
sangran granates y oros
de los collares del día.

¡Ven á mi huerto cerrado
á todo vulgar cuidado
y á toda presencia humana...!

¡Ven á que la tarde vista
tu desnudez de Sultana
con sus mantos de amatista!

VII

El sol nos abrasa,
el aire es de fuego.
Ráfagas de asfixia respira la tierra
como un horno ardiendo.

No se escucha un pájaro,
no se siente un eco...
Se ciega la vista... El campo desnudo
parece un desierto!

Fuentecita clara,
 ¡dame de tus aguas que de sed me muero!
 Se, para mis labios, igual que la lluvia
 para el campo seco!

¡Que Dios te bendiga!
 ¡que siempre á tu espejo
 se asomen á verse las más rutilantes
 estrellas del cielo,
 porque con tus aguas pródigas saciaste
 la sed de un sediento!

VIII

¡Tu juventud, tu juventud!..
 La he visto
 coronada de espinas como Cristo,
 llevarla en hombros sobre un ataúd.

Y en una tarde lúgubre y lluviosa
 (lloraba la brisa al pasar),
 arrojarla á la boca de la fosa,
 como una piedra que se arroja al mar.

Junto al lago, en marmórea balaustrada,
esperaste, esperaste que viniera,
ese cisne de pluma inmaculada
que simboliza nuestra Primavera.

¡Oh, Leda, que cruel fué tu destino!
En el pico del cisne sólo hallaste,
el instinto animal, no aquel divino
y milagroso amor con que soñaste!

IX

Como todo, un libro
la vida retrata...
Nace, vive, muere... Puede decir mucho
y no decir nada!

Como todos, este
para nadie y para
todos, está escrito...

Pero á mí me basta
con que tú lo leas, aunque no lo sientas
ni te importe nada!

Como todo, es sólo
ráfaga de viento y polvo que pasa...
¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas!
¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

ESTROFAS

A Julio de Ugarte.

I

Densifica la vida: tal el arte
de plenitud... (Retóricas aparte
y demás aleluyas rutinarias.)

Poeta, concentra en tus sonoras rimas
la majestad de las nevadas cimas
y el dolor de las almas solitarias.

II

¡Lejos de toda cotidiana lucha!
Sólo en la cumbre inaccesible escucha

el alma—sorda á todo afán terreno—,
bajo el dosel azul y cristalino,
entre el espanto de la voz del trueno
la ley eterna del poder divino!

III

La soledad propicia es plinto donde
la Pitonisa á nuestra voz responde.

Tan sólo en los desiertos arenales
nos revela la esfinge de granito
su secreto, y su voz contesta al grito
de todos los anhelos inmortales!

IV

Sólo con tu virtud y tu pecado,
encarna en tu futuro tu pasado.

Da alas á tus sueños, y eterniza
todo lo que es fugaz y pasajero,
y haz que de tu dolor en la ceniza
fulgure tu piedad como un lucero.

V

Deja á la araña que aturdida y ágil
hile el urdimbre de su cárcel frágil
y que el gusano su mortaja teja.

Tú, siembra de áureos astros las oscuras
noches de tu dolor. Sé cual la abeja:
convierte en miel tus propias amarguras!